



LIBERTAD EN RATZINGER

El testimonio de Benedicto XVI, analizado por María Esther Gómez en la obra "Libertad en Ratzinger" de la editorial Encuentro, hace completamente evidente que la libertad solo se puede comprender desde su fundamento antropológico, es decir, como muy bien destaca la autora, no solo desde la inteligencia de la razón y la rectitud de la voluntad, sino desde el deseo existencial más profundo del corazón. La libre aceptación de la vida como un don recibido del Misterio que puso a cada ser humano en la existencia, lleva al ser humano a descubrir que la verdad de su ser no le pertenece, que debe autotranscenderse constantemente en su búsqueda y realización, tanto para autocomprenderse como para comprender también las relaciones interpersonales que crean las personas y la vida en sociedad.*

Se reproduce a continuación el prólogo de la obra, escrito por el profesor Pedro Morandé Court, miembro del Comité Editorial de Humanitas.

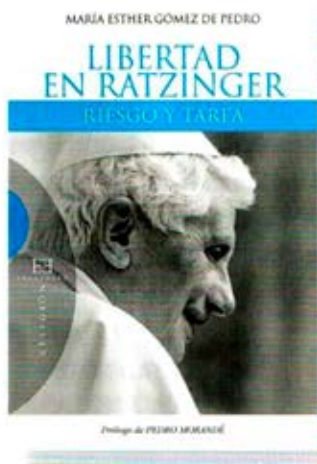
El 2 de mayo pasado, el Papa emérito Benedicto XVI ingresó al monasterio de clausura "Mater Ecclesiae" en el Vaticano, para continuar su vida en oración y silencio. El gesto de su renuncia realizada, como él mismo dijo, en plena libertad y por amor a Cristo y a su Iglesia, después de examinar su conciencia ante Dios y constatar su falta de fuerza física y espiritual, constituye un indesmentible testimonio de la plenitud que alcanza la vida cristiana conducida

en la verdad y en la caridad. Este gesto da, por ello, un contenido vital al magisterio sobre la libertad que enseñó como teólogo y como pontífice, y que analiza brillantemente este magnífico trabajo de María Esther Gómez. La paz y serenidad que mostraba su rostro durante las jornadas de su alejamiento del ministerio petrino y su constante recordatorio a los cardenales que la Iglesia es de Cristo, su supremo pastor, son un signo de cuán viva le resultaba a él

* GÓMEZ, María Esther, *Libertad en Ratzinger*, Ediciones Encuentro, Madrid 2014, 117 págs.

la presencia del Resucitado en medio de la comunidad que Él eligió y edificó. La sorpresa y conmoción inicial de los cristianos y de los hombres y mujeres del mundo entero fue transformándose, en los días siguientes, en una espera confiada en la conducción del Espíritu Santo. El testimonio de su fe, en el año de la fe al que él mismo convocó, fue su última lección magisterial realizada desde la cátedra de Pedro. Me parece que puede convertirse, inesperadamente, en una luminosa clave hermenéutica para entender el sentido y la verdad de la enseñanza de Joseph Ratzinger sobre la libertad, en la rigurosa presentación que la autora hace de ella en las páginas que se ofrecen a continuación y que fueron escritas con anterioridad y sin imaginar siquiera los acontecimientos que se desencadenarían en febrero de 2013.

El testimonio de Benedicto XVI hace completamente evidente que la libertad solo se puede comprender desde su fundamento antropológico, es decir, como muy bien destaca la autora, no solo desde la inteligencia de la razón y la rectitud de la voluntad, sino desde el deseo existencial más profundo del corazón. La libre aceptación de la vida como un don recibido del Misterio que puso a cada ser humano en la existen-



EL TESTIMONIO DE LA FE DE BENEDICTO XVI PUEDE CONVERTIRSE EN UNA LUMINOSA CLAVE HERMENÉUTICA PARA ENTENDER EL SENTIDO Y LA VERDAD DE LA ENSEÑANZA DE JOSEPH RATZINGER SOBRE LA LIBERTAD, EN LA RIGUROSA PRESENTACIÓN QUE LA AUTORA HACE DE ELLA EN ESTAS PÁGINAS, ESCRITAS CON ANTERIORIDAD A LOS ACONTECIMIENTOS QUE SE DESENCADENARÍAN EN FEBRERO DE 2013.

cia, lleva al ser humano a descubrir que la verdad de su ser no le pertenece, que debe autotranscenderse constantemente en su búsqueda y realización, tanto para autocomprenderse, como para comprender también las relaciones interpersonales que crean las personas y la vida en sociedad. La libertad no es estática, la que ya se tiene, sino la expresión de un profundo dinamismo espiritual que tiene su fundamento, como enseña Ratzinger, en la sed de infinito que posee el corazón humano cuando busca desarrollarse en plenitud. Por ello, en la antropología cristiana la figura del peregrino, del "homo viator", ha jugado un papel tan central a lo largo de su historia, sea en la versión más interior del "inquieto corazón" de San Agustín, de tanta significación para Ratzinger, como en la búsqueda de la justicia y la caridad en la enseñanza social de la

Iglesia contemporánea. Junto a la razón que busca la verdad y que es inquisitiva en su misma naturaleza, la libertad busca la plenitud del desarrollo humano en el reconocimiento recíproco de la dignidad de las personas que, recibiendo la vida como un don, buscan ponerla a disposición de otros para la realización de la vocación con que cada quien ha sido

llamado a la existencia, que es la vocación a ser una persona.

En una homilía dirigida al círculo de sus alumnos y discípulos, el 2 de septiembre de 2012, Benedicto XVI comentaba este dinamismo de la verdad y de la libertad. Refiriéndose a la frase de la Carta de Santiago que habían leído ese día, “Sois generosos por medio de una palabra de verdad”, agregaba, “¿Quién de nosotros se atrevería a alegrarse de la verdad que nos ha sido donada? Nos surge inmediatamente la pregunta: ¿Cómo se puede tener la verdad? ¡Esto es intolerancia! Los conceptos de verdad y de intolerancia hoy están casi completamente fundidos entre sí; por eso ya no nos atrevemos a creer en la verdad o a hablar de la verdad. Parece lejana, algo a lo que es mejor no recurrir. Nadie puede decir «tengo la verdad» —esta es la objeción que se plantea— y, efectivamente, nadie puede tener la verdad. Es la verdad la que nos posee, es algo vivo. Nosotros no la poseemos, sino que somos aferrados por ella. Solo permanecemos en ella si nos dejamos guiar y mover por ella; solo está en nosotros y para nosotros si somos, con ella y en ella, peregrinos de la verdad. Creo que debemos aprender de nuevo que «no tenemos la verdad», sino que la verdad ha venido hacia nosotros y nos impulsa. Debemos aprender a dejarnos llevar por ella, a dejarnos conducir por ella. Entonces brillará de nuevo: si ella misma nos conduce y nos penetra”.

LA LIBERTAD NO ES ESTÁTICA. SINO LA EXPRESIÓN DE UN PROFUNDO DINAMISMO ESPIRITUAL QUE TIENE SU FUNDAMENTO EN LA SED DE INFINITO QUE POSEE EL CORAZÓN HUMANO CUANDO BUSCA DESARROLLARSE EN PLENITUD. POR ELLO, EN LA ANTROPOLOGÍA CRISTIANA LA FIGURA DEL PEREGRINO, DEL “HOMO VIATOR”, HA JUGADO UN PAPEL TAN CENTRAL.

La verdad y la libertad, en la tradición católica, se co-pertenecen recíprocamente. La libertad busca la luz que ilumine el camino para su autodespliegue, la luz de la inteligencia y la luz de la revelación. Sin esta presencia orientadora de la verdad del ser, la libertad puede volverse arbitrariedad, lucha de todos contra todos, como decía Hobbes. Por ello, la libertad se profundiza en la sabiduría, que es su humus natural. Por su parte, la inteligencia necesita para abrirse al sentido último de todo, la libertad interior, la libertad del espíritu, para liberar la inteligencia del poder de turno y de las modas que la esclavizan, para liberarla de sus “cegueras éticas” como escribió Benedicto XVI. Ambas necesitan autotrascenderse para comprender la naturaleza última de lo humano. Ello solo puede ocurrir cuando las personas encuentran en

la experiencia de la comunión eclesial, en la comunidad familiar, académica, escolar, ojalá también en la económica y política, padres y testigos, personas que son signos de una presencia mayor que han buscado y cultivado, que han recibido como don. Por ello, a diferencia de muchas ideologías contemporáneas que entienden la verdad y la libertad como opciones individuales, como virtudes que se desarrollan solo en la presencia solitaria de Robinson en su isla, la tradición católica ha señalado siempre la dimensión relacional de la vida humana, tanto en su objetiva interdependencia, como en el relato que hace

posible el cultivo de una lengua en la cultura común. La búsqueda de la verdad y la libertad compartida responsablemente con otros en comunidad constituyen la trama que va tejiendo el perfeccionamiento humano hacia su destino. Por ello, no hay libertad sin responsabilidad, sin asumir el destino de otros en la propia libertad, sin el desarrollo de una conciencia moral que se perfecciona en discernir antes de elegir. La cima de la libertad es el amor, el completo don de sí mismo a las personas que se ama y, naturalmente, encuentra en el cristianismo su plenitud en la cruz de Cristo aceptada por amor al Padre y a la misión que le ha encomendado y por amor a los hombres que les han sido confiados. La contracara dramática de esta cima es la capacidad que tiene también la libertad humana de elegir el mal y, con ello, la capacidad de autodes-

truirse el ser humano en el odio o en la angustia. Por ello, parece muy ajustado que el título de este trabajo sobre la libertad le atribuya la doble condición de riesgo y de tarea. El ser humano no estará nunca suficientemente protegido del mal y siempre deberá aceptar la tarea de construirse a sí mismo con otros en la comunión del amor.

“En la obra de Ratzinger —afirma la autora— filosofía y teología trabajan juntas, van de la mano, al igual que lo hacen fe y razón, pues entre ellas existe íntima unidad y colaboración mutua”. Es un logro notable

“ES LA VERDAD LA QUE NOS POSEE. ES ALGO VIVO. NOSOTROS NO LA POSEEMOS, SINO QUE SOMOS AFERRADOS POR ELLA. SOLO PERMANECEMOS EN ELLA SI NOS DEJAMOS GUIAR Y MOVER POR ELLA; SOLO ESTÁ EN NOSOTROS Y PARA NOSOTROS SI SOMOS, CON ELLA Y EN ELLA, PEREGRINOS DE LA VERDAD. CREO QUE DEBEMOS APRENDER DE NUEVO QUE ‘NO TENEMOS LA VERDAD’, SINO QUE LA VERDAD HA VENIDO HACIA NOSOTROS Y NOS IMPULSA”.
(BENEDICTO XVI)

de este trabajo destacar precisamente la gran cantidad de referencias que hacen los escritos de Ratzinger a filósofos modernos y contemporáneos. Hasta en las encíclicas de Benedicto XVI, documentos mayores del magisterio pontificio, se encuentran referencias específicas a Kant e incluso a Nietzsche. Me parece importante destacar esta dimensión filosófica de su reflexión, pues revela el constante diálogo que el pensamiento de Ratzinger ha tenido con los hombres y mujeres de su época, cualquiera fuese su confesión religiosa o su manera de comprender el mundo. Con una brillante capacidad intelectual de comprender lo más esencial del pensamiento de un autor, desarrolla sus argumentos poniéndose en el lugar de quien lo pensó, resaltando su aporte o mostrando las paradojas o contradicciones de la argumentación, siempre con el más profundo

respeto de su interlocutor. Personalmente pienso que, en el estilo intelectual de Ratzinger, hay una huella manifiesta de su profunda libertad de espíritu, puesto que jamás se acerca a un argumento con temor ni tampoco con desprecio, sino con una contagiante pasión por la verdad que descubre la belleza intelectual de captar siempre lo esencial.

El trabajo se aboca al análisis de su tema de modo sistemático, mostrando las fuentes recogidas, haciendo las distinciones necesarias a su objeto, describiendo los presu-

puestos antropológicos que hacen posible el camino hacia la libertad, particularmente el camino del amor y el significado de ser persona, la ontología de la libertad, para concluir en la necesaria educación para la libertad que, en verdad, acompaña a la vida entera. Por razones editoriales, la autora ha debido abreviar las extensas citas presentes en el manuscrito original, que, por una parte, mostraban su fidelidad y respeto acerca del autor que analiza y, por otra, eran un testimonio de la complejidad

y transversalidad del tema, el que aparece una y otra vez presente en variados contextos y discursos de propósitos diferentes. No obstante, lo esencial de la argumentación ha quedado plenamente reconocible.

Solo me resta agradecer a la autora, que ha sido generosa con la verdad, como decía la citada carta de Santiago, dándonos a conocer a sus lectores, con rigurosidad y sistematicidad, las enseñanzas de Ratzinger sobre la libertad y su innegable fundamento antropológico.